SIETE DÍAS DE CÁRCEL



TEJIDO DE VOCES, VIVENCIAS Y RESISTENCIAS.

CRÉDITOS

Asociación Servicio Doméstico Activo – SEDOAC.
Autora: Jamileth Chavarría.
Facilitadora de talleres Escritura Creativa.
Editora: Edith Espínola Coronel
Maquetación y Diseño: Norma Chavarría

Colaboradoras:

Marina Díaz
Delia Servín
Kelly Jovita Cruz Cruz
Violeta Montaldo Guevara.
Milka Ansara Choque Donaire
Dina Liceth Perdomo Alcerro
Adalia Ruiz.
Ana Camargo
Dionisia Andrade Carmona.
Marta Montero

Financiado por:

AGRADECIMIENTO

A todas las mujeres que han confiado en su voz y en nosotras, que han compartido sus historias con generosidad y valentía. Gracias por permitir que, a través de sus palabras, otras puedan reconocerse, reflejarse, encontrarse y abrazarse en cada letra tejida con memoria.

A nuestra facilitadora, **Jamileth Chavarría,** por entrelazar saberes y sentires que nos han guiado como hilos de luz. Juntas tejimos palabras que sanan y sostienen, que inspiran resiliencia.
A **Norma Chavarría,** cuyas creaciones nacen del corazón y laten con la fuerza del Abya Yala. Sus trazos nos recuerdan que el arte también es memoria viva.
A **Ana Camargo,** por su cuidado atento, por sostener los talleres con cariño, escucha y compromiso. Su acompañamiento ha sido abrigo y brújula en este camino compartido.

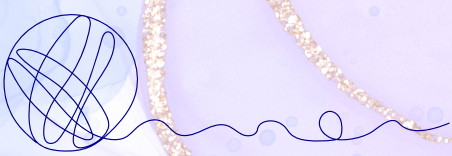
Este libro, Siete días en la cárcel, es el resultado del trabajo participativo de mujeres trabajadoras de hogar y cuidados que asisten al CETHYC, proceso que se desarrolló durante los meses de marzo a junio de 2025, formando parte de nuestro programa psicosocial, en el marco del proyecto "Centro de Empoderamiento para Trabajadoras de Hogar y los Cuidados" financiado por el Instituto de las Mujeres.

Siendo responsabilidad exclusiva de la Asociación Servicio Doméstico Activo - SEDOAC y no refleja, necesariamente, la postura del Instituto de las Mujeres.

Madrid, julio de 2025.

DEDICATORIA

A nuestras madres, que tejieron la fuerza en nuestros huesos.
A nuestros padres, que también soñaron caminos con nosotros.
A nuestras hijas, hijos e hijes, por quienes cruzamos el mundo.
A nosotras mismas, por no rendirnos.
A la familia que quedó al otro lado del charco,
esa que nos acompaña con sus silencios, llamadas, mensajes y oraciones.
A quienes cuidamos sin ser vistas.
A quienes aún no han podido migrar.
A quienes se fueron sin volver.
A quienes llegarán después.
Este libro es para ustedes.
Con amor, memoria y rebeldía.



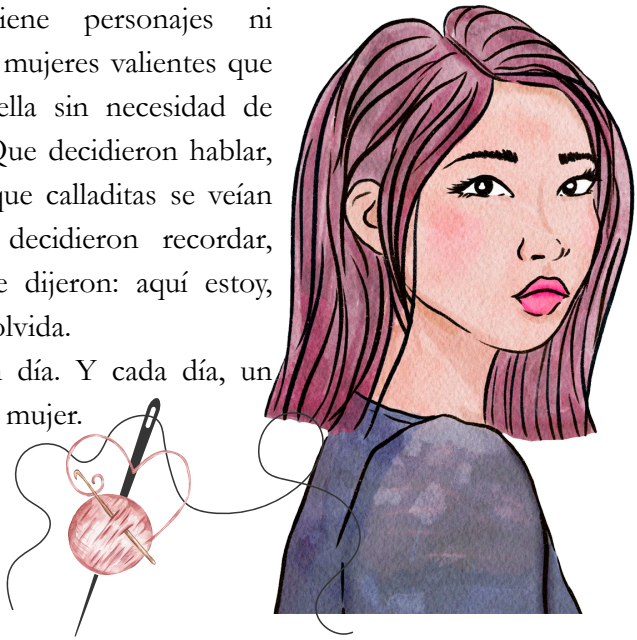
PROLOGO

El telar está vivo. Aún hay muchas tramas por bordar.

Hay libros que se escriben con tinta, otros con memoria. Este está tejido con cuerpos. Con cuerpos que migran, que cuidan, que envejecen en silencio, que resisten con las manos rotas y el corazón en dos orillas. Este libro no es una crónica, ni una denuncia, ni una simple recopilación de historias: es un telar de vida, una rebelión bordada con cada día de encierro, con cada noche sin libranza, con cada beso postergado de madre a hija-hijo.

Llamamos Siete días de cárcel a esta colección de relatos porque no hay otra manera de nombrar lo que muchas hemos vivido en casas que no eran nuestras pero donde todo el tiempo nos pertenecía a otras personas. Cárceles sin barrotes, sin juicio previo, sin abogado defensor. Cárceles sin visitas. Cárceles donde el crimen era cuidar y ser extranjera.

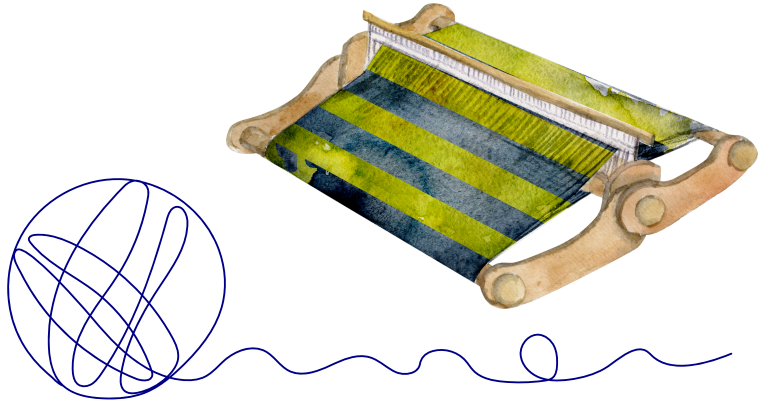
Este libro no tiene personajes ni protagonistas. Tiene mujeres valientes que decidieron dejar huella sin necesidad de firmar su nombre. Que decidieron hablar, aunque les dijeron que calladitas se veían más bonitas. Que decidieron recordar, aunque doliera. Que dijeron: aquí estoy, esto viví, esto no se olvida.
Cada capítulo es un día. Y cada día, un hilo. Y cada hilo, una mujer.



Pero entre esos días aparece una isla. Un lugar sagrado y rebelde en medio del mar del relato. No tiene número, ni obligación de ser cruzada, pero está ahí como una puerta que se abre: la Isla del Deseo. Ese territorio que tantas veces nos ha sido prohibido. El cuerpo como paisaje de placer. El derecho a sentir, a elegir, a tocarnos, a abrazarnos sin culpa. La isla donde se nombra lo innombrable. Donde se cuestionan los silencios heredados. Donde se habla del gozo como un derecho humano. No solo sexual, sino vital, psicosocial y emocional.

Este libro también es un mapa de gratitudes. Una forma de decir gracias a quienes nos sostuvieron, a quienes caminaron con nosotras, a quienes nos vieron cuando más invisibles nos sentíamos. A los espacios que nos abrieron la puerta y nos dijeron "entra, hermana, aquí no estás sola". Por eso, al final del libro encontrarás también una página de agradecimientos colectivos. Porque la memoria no se escribe sola, y la resistencia es una cuerpa colectiva.

Bienvenida a este libro. Siéntelo, recórrelo, rómpelo si hace falta y vuelve a armarlo con tus propias historias. Este telar está vivo. Y aún hay muchas tramas por bordar.



INDICE

Prólogo:
El telar está vivo. Aún hay muchas tramas por bordar.

Preámbulo:
Aquí estamos. Aquí nos quedamos.

Día 1: La despedida
Despedida en Perú
La mochila migrante: sueños, miedo y esperanza

Día 2: El encierro invisible
Encarcelamiento de Martha
La cama en el salón
Trabajo interno: el tiempo que no nos pertenece

Día 3: El sistema que nos quiere calladas
Cuestionamiento al sistema (racismo, clasismo, discriminación)
Tú no eres nadie… tú no me vas a vencer

Isla del Deseo
(Un respiro en el viaje: del silencio impuesto al placer como derecho)

Día 4: Maternidades partidas
Madres a distancia
Me robé el pastel (las pruebas, trampas y castigos)
La culpa migratoria

Día 5: Lo que no se ve en el contrato
Contrato verbal y mis papeles
Libranza de la carrera migratoria
El clima y yo (los cuerpos en otro territorio)

Día 6: Lo que somos (y no nos dejan ser)
Yo soy (estudios, trabajos, profesiones no ejercidas)
Agradecimiento: porque seguimos caminando

Día 7: La rebelión del cuidado
¿Quién me viene a rescatar?

Cómo surge el CETHYC: derechos humanos alcanzados y los que nos faltan

Cuidándonos para sostener la vida
Agradecimientos colectivos
La cuerpa de la memoria tejida juntas.

DÍA 1:
LA DESPEDIDA
(DEL LIBRO SIETE DÍAS DE CÁRCEL)



Aquí empieza el viaje.
No comienza en Barajas ni en el visado, ni siquiera en el abrazo final.
Empieza mucho antes. Empieza cuando alguien te dice: **"¿Por qué no te vas a España?"**



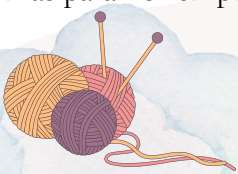
Y tú…
tú no contestas,
no lloras,
no preguntas.
Te quedas callada.
Como si fuera una idea más.
Como si no fuera un terremoto.

Una vendía muebles tejidos de bambú con sus hermanos. Otra enseñaba a coser en la cooperativa Santa Elisa. Otra trabajaba en dos colegios y cenaba pan con queso a las diez de la noche. Y muchas otras no tenían tiempo de mirar atrás, porque las deudas les pisaban los talones.

Todas tenían en común una certeza: el cuerpo aguantaba, pero el alma se quebraba en silencio.

“Yo era como si me estuviera yendo por dos días y volvía rápido. Me tiñeron el pelo porque, según, en España no querían a los morenos.”

Los relatos de la despedida no hablan solo de un aeropuerto. Hablan de la última mirada a los hijos, de una cocina con risas que nunca son suficientes, de un vestido azul con caritas bordadas que ya no cabe. Hablan de lo que nadie entendía, ni las amigas, ni la suegra, ni la propia voz que se tragaba las lágrimas para no romper la fiesta de fin de año.



“Era 31 de diciembre. Todos estábamos con la cena, las uvas, los brindis. Nadie quería nombrar la verdad: que yo me iba al día siguiente a las seis de la mañana.”

Partir no es solo tomar un avión. Es empaquetar el corazón y dejarlo detrás. Es sonreír cuando te dicen: **"Allá te va a ir mejor."** Y no tener fuerzas para explicar que no se trata de mejorar, sino de sobrevivir.

Porque cuando una mujer migra, nunca viaja sola. Le acompañan las promesas, las preguntas, los no-dichos, y las versiones que se esperan de ella.

“Yo quería que lo supieran de una vez, que no podía más, que lo había intentado todo. Mi último intento era irme muy lejos, donde nadie me conociera.”

A muchas nos enseñaron a irnos en silencio. A no molestar, a no quejarnos, a callarnos el miedo con dignidad. A dejarlo todo con la cabeza alta, aunque el alma fuera arrastrada.

Pero este libro quiere cambiar eso.

Aquí, en este primer día, no solo se cuenta la despedida. Se rompe el silencio. Se dice en voz alta que dolía. Que dolió no poder dormir, que dolió tener que sonreír, que dolió dejar a una madre con Alzheimer, que dolió partir con deudas, que dolió teñirse para parecer otra, que dolió prometer que se volvería pronto sabiendo que no sería así.

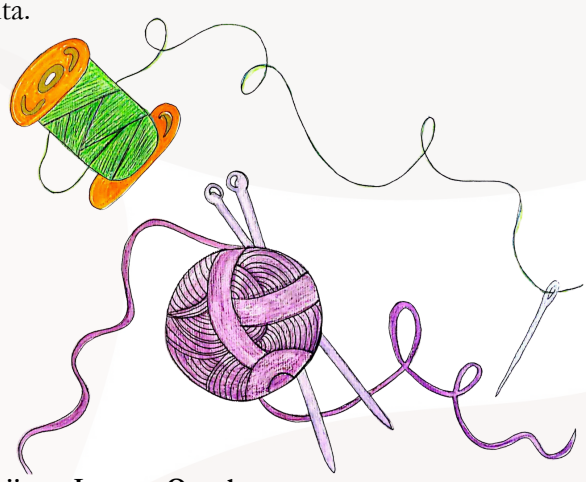
“Mi mamá estaba triste. Mi hermano hizo todo: me compró el pasaje, la ropa. Yo no hablaba, solo lloraba por dentro. Era como si mi cuerpo no me perteneciera.”

Pero también hubo alguien que abrazó fuerte y dijo:
‘Hazlo. Y si no sale, vuelve. Aquí te queremos igual.”
Y esa es la semilla que queremos plantar en estas páginas.
No todas las despedidas fueron iguales, pero todas dejaron una marca.

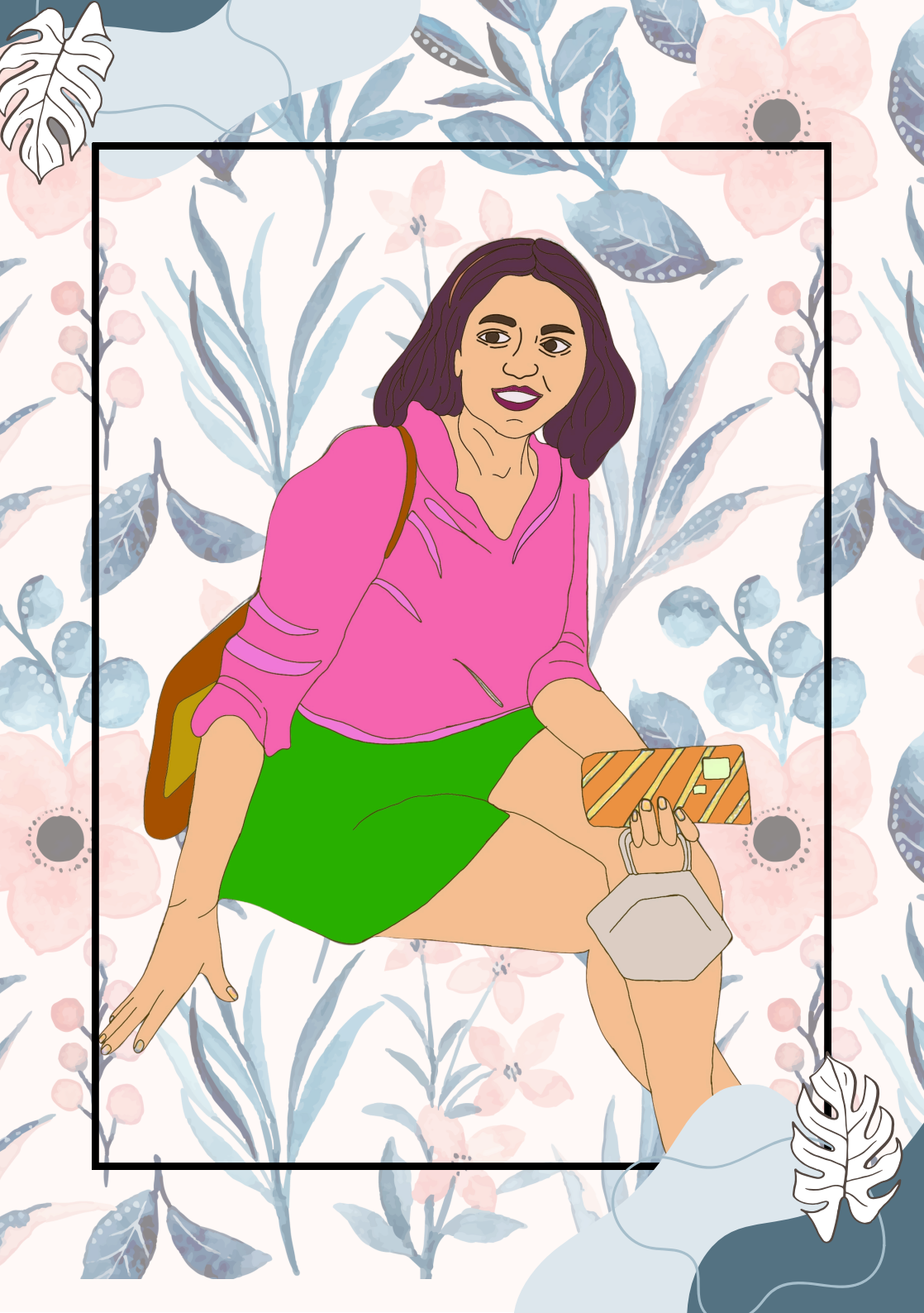
Un primer punto en el telar. Un nudo. Una lágrima contenida. Una decisión que fue semilla de esta historia.

“Cuando escuches un avión, yo voy ahí”, les dijimos.
“¿Ya tienes canas?”, nos preguntaron. “Tía, tráeme chocolates”,
dijeron los wawas. “Cuídese mucho”, nos dijeron los padres.
Y nos fuimos.
Porque nos tocaba.
Porque nos dolía.
Porque nos llamaba la vida, aunque también fuera cárcel.

Hoy nos contamos, y al contarnos… nos quedamos.
Aquí.
Juntas.
En voz alta.



Wawa- hijo, hija en Lengua Quechua.



DÍA 2

EL ENCIERRO INVISIBLE

(DEL LIBRO SIETE DÍAS DE CÁRCEL)



Nadie nos encerró en una celda.
O eso creíamos.
Porque, aunque no hubiera barrotes, vivíamos entre muros de silencio, de miedo, de papeles ausentes y puertas cerradas.

Algunas dormíamos en el salón.
Otras, encerradas de verdad. Siete días en un **CIE.**[1] Siete días sin nombre, sin derechos, sin poder avisar a nadie.

"El primer día no entendí nada. Me llevaron en una furgoneta. No sabía si estaba detenida, secuestrada o desaparecida. Nadie explicaba nada. Nadie me miraba."

El encierro invisible toma muchas formas. Hay quienes, como ella, fueron esposadas por no tener papeles. O por estar en el lugar equivocado. Siete días en el limbo, esperando una deportación que nunca llegó pero que pudo llegar.

"Nos gritaban. Las luces no se apagaban. Dormir era un lujo. Había cámaras. Y miedo. Mucho miedo."

Mientras unas vivíamos presas del tiempo ajeno en casas donde cuidábamos a otros, ella vivía presa de un sistema que criminaliza la pobreza y la migración. La encerraron por no tener papeles. Como si eso fuera un crimen. Como si huir para sobrevivir mereciera castigo. Y aunque no se nombra, ella está aquí. En cada línea. En cada silencio. En cada vez que no pudimos hablar.

"Nadie sabía que estaba allí. Nadie podía verme. Nadie escuchaba. Solo quería salir, no volverme loca."

1: Centro de Internamiento de Extranjeros CIE

Nosotras también estábamos presas,
aunque fuera en casas, en trabajos, en deudas.
En días que no eran nuestros.
En cuerpos que empezaron a doler sin causa aparente.
En nombres que dejamos atrás.

“Yo viví encerrada en un salón. Sin puertas. Sin noches. Sin voz.”

El encierro invisible es también ese contrato que no existe,
las jornadas sin fin,
el miedo a salir y ser parada,
la ansiedad de no saber si volverás a casa.
Es ese encierro del que no se habla.
Ese donde una cuida, mientras se desmorona.

“Pasé de cuidar a estar encerrada. Como si fuera peligrosa. Como si fuera un delito querer trabajar para vivir.”

Pero esta página también cuenta cómo se rompieron esos muros.
Porque una llamada salvó a Martha.
Una mujer al otro lado no dejó de buscarla.
Y otra encendió la luz.
Y otra escribió una carta.
Y otra dijo:
“No están solas.”



Por eso, este capítulo es también un canto.
A las que no se rindieron.
A las que resistieron con la mirada firme.
A las que sobrevivieron al encierro invisible
y al otro,
el del frío, el miedo y las paredes blancas del CIE.

Hoy tejemos este hilo para no olvidar.
Para que ninguna vuelva a estar sola en una celda.
Ni en un salón.
Ni en un contrato sin nombre.
Ni en una cama prestada.
Ni en un país que no la mire.
Hoy, nombramos el encierro.
Y tejemos la salida.

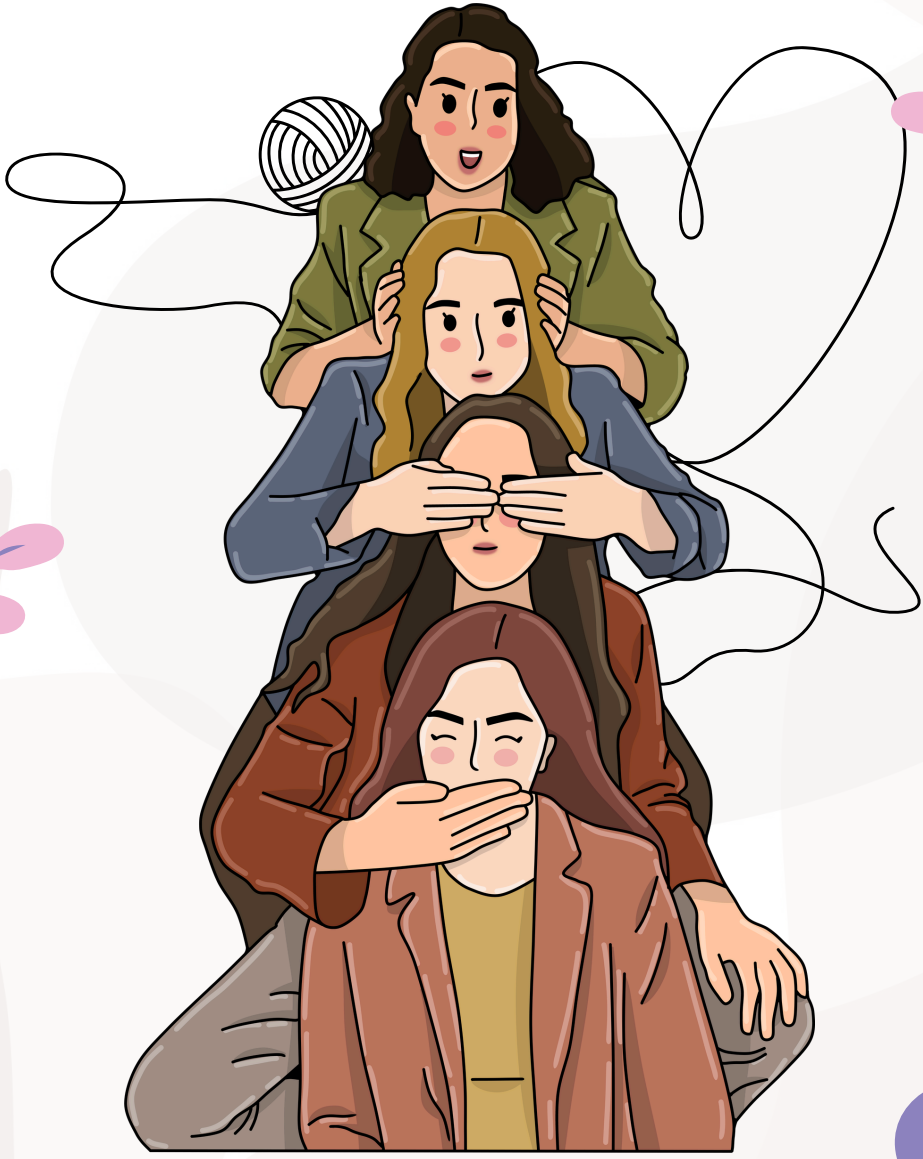




DÍA 3

EL SISTEMA QUE NOS QUIERE CALLADAS

(DEL LIBRO SIETE DÍAS DE CÁRCEL)



Nos enseñaron a callar.
A no levantar la voz.
A sonreír mientras dolía.
A que “la ropa sucia se lava en casa”
y a que “calladita te ves más bonita”.

Pero alguien nos mintió.
Porque cuando callamos, dejamos de existir.
Y el silencio no salva,
aprieta el alma,
nos encierra por dentro.

“Un día me gritó en la cara: ‘Tú no eres nadie. No me vas a decir a mí lo que tengo que hacer.’
Yo solo quería que me pagara lo justo.”

Así nos fue formando el sistema:
con miedo al despido,
con papeles retenidos,
con la amenaza de la calle,
con frases como cuchillos
y miradas que nos borraban.

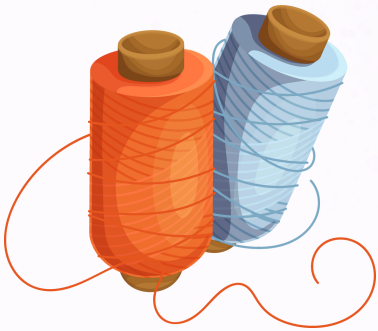


El racismo no siempre grita,
a veces solo te ignora.
No te ve.
No escucha tu acento.
No cree tu título ni tu historia.

“Me miraban con desconfianza,
como si robar fuera parte de mi equipaje.”

Y ahí empezó la culpa.
¿Será que no lo dije bien?
¿Será que soy demasiado sensible?
¿Será que no lo merezco?

Pero llegó un momento en que el dolor se volvió palabra.
Y las palabras se hicieron puente.
Y dejamos de pedir permiso.
Y empezamos a decir:
"Basta. Hasta aquí."



Nombramos lo que nos callaron:
el abuso,
la manipulación,
la sospecha constante,
la vigilancia en la piel,
la culpa sembrada.

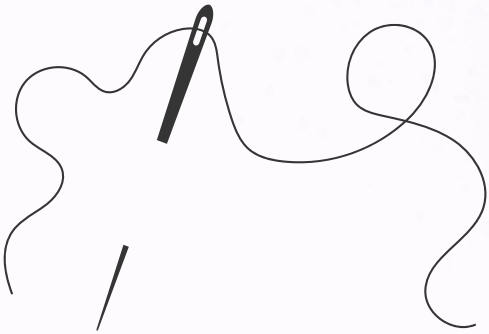
"Cada vez que faltaba dinero en la casa, miraban mi bolso.
Una vez, me señalaron por un pastel desaparecido.
Me robaron la confianza, y me la tuve que reconstruir sola."

Nos dijeron que exagerábamos.
Que lo nuestro no era violencia.
Que eran "malentendidos".
Que mejor no removiéramos el pasado.

Pero al hablar, tejimos un presente distinto.
Ya no para convencer a nadie,
sino para no olvidar quiénes somos.

Porque no solo fuimos cuidadoras,
también fuimos maestras, abogadas, costureras, artesanas,
mujeres que un día alzaron la voz
y no la bajaron nunca más.

Este sistema nos quiso calladas.
Nos quiso dóciles, obedientes, agradecidas.
Pero le respondimos con libros,
con redes,
con cooperativas,
con canciones
y con una verdad:
No somos invisibles.
No somos sumisas.
Somos tejedoras de justicia.
Y no nos van a callar.





NINGUNA PERSONA ES *Ilegal*



ISLA DEL DESEO

LA PUEDES LEER O SALTAR.

PERO AQUÍ ESTÁ, ESPERÁNDOTE.



Se abre una puerta sin bisagras.
Un puente de flores crece entre los capítulos.
Y al cruzarlo… aparece ella:
la Isla del Deseo.
Aquí no hay rejas.
No hay juicios.
No hay relojes ni deberes.
Aquí solo existe el derecho a sentir.

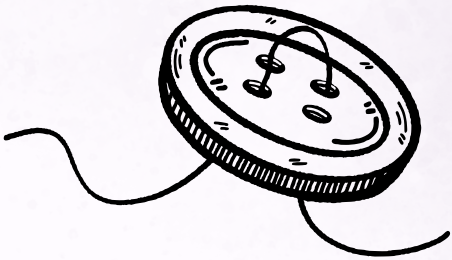


Nos enseñaron a temer el cuerpo,
a no mirarnos,
a no tocarnos,
a no nombrar el placer.
Nos dijeron que “eso no se hace”,
que “eso no se dice”,
que “eso no se piensa”.

Nos partieron en pedazos:
madres, esposas, cuidadoras, mártires, obreras.
Pero jamás, jamás nos preguntaron
si éramos felices.
Si deseábamos.
Si suspirábamos.
Si teníamos ganas de volver a casa o a nosotras mismas.

Esta isla es una pausa.
Una respiración larga.
Una caricia no pendiente.
Un espejo donde no hay vergüenza.

Aquí el placer no es lujo.
Es derecho.
Aquí el cuerpo no es máquina.
Es territorio.
Aquí el goce no es pecado.
Es semilla.



La oxitocina no está solo en el parto.
También vive en la risa, en el abrazo largo,
en el agua que recorre la piel,
en una siesta sin culpa,
en la primera cucharada de chocolate,
en la danza que nos suelta las cadenas invisibles.

Aquí, el silencio no es represión.
Es escucha.
Escucha de adentro.
De eso que pide:
tiempo, juego, respiro, música, ternura, toque, belleza.

Algunas llegamos aquí con miedo.
Con una maleta llena de 'no'.
Con un cuerpo dolido por los 'prohibido'.
Pero en la arena, descubrimos algo olvidado:
el sí.
Sí a gustarnos.
Sí a desearnos bien.
Sí a tocarnos sin miedo.
Sí a decir: esto me gusta.
Esto me hace feliz.
Esto soy yo.

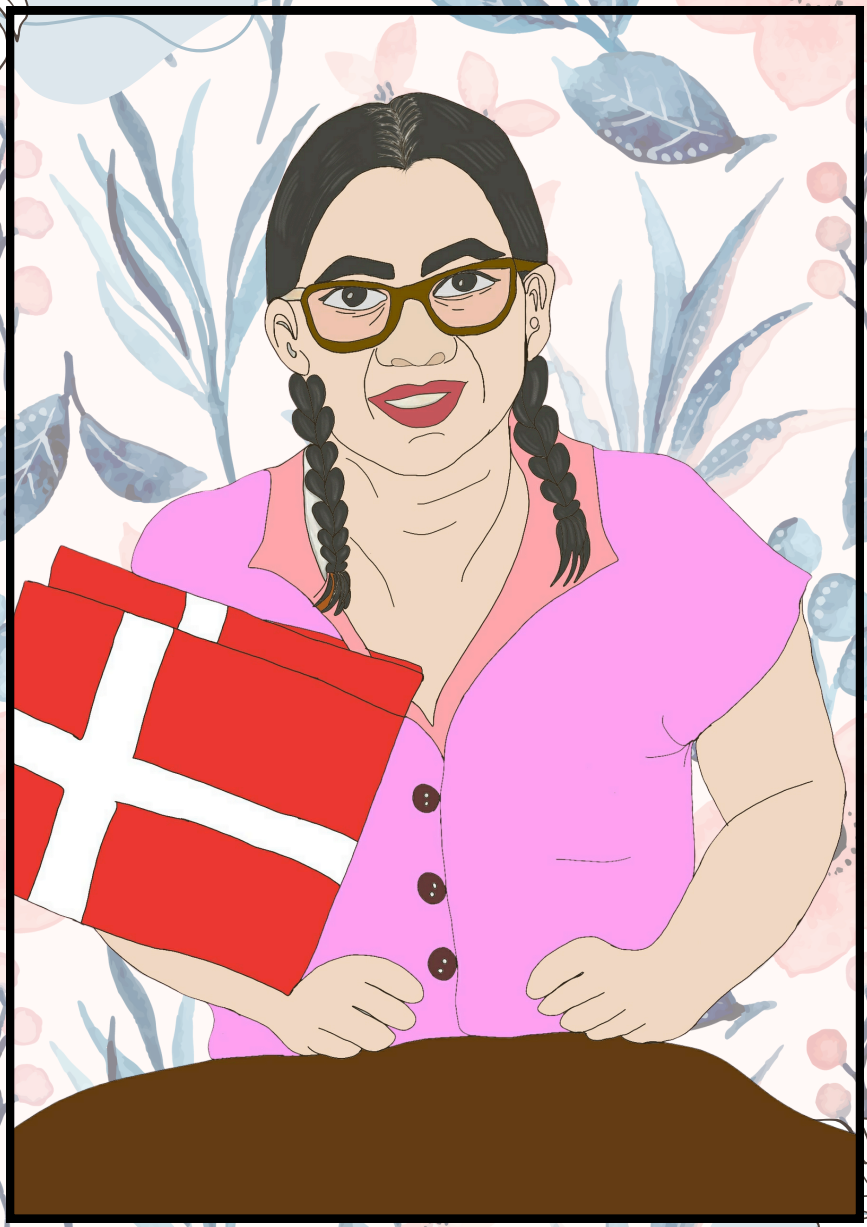
Si estás aquí, es porque algo en ti
reconoció el llamado.
Quizá no sabías que deseabas volver.
Quizá creíste que no tenías derecho.
Pero esta isla no exige pasaporte.
Solo curiosidad y amor propio.

Puedes quedarte un rato.
O irte.
Volver luego.
Traer a otras.
La isla no se cierra.
No se agota.
No desaparece.
Está aquí.
Como tú.
Viva.
Deseante.
Libre.
(La isla termina.
Pero algo ha cambiado.
Tú lo sabes.)



DÍA 4
MATERNIDADES PARTIDAS





La maternidad no se mide en kilómetros, pero duele en cada paso.
No nos dijeron que para criar también hay que estar.

No nos contaron que una madre puede quedarse sin cuerpo en el abrazo, sin voz en las videollamadas, sin tierra bajo los pies, si tiene que elegir entre comer o cuidar.

A muchas de nosotras no nos empujó un sueño, sino una deuda.
Una deuda con la vida, con nuestros hijos, con ese pan de cada día que no alcanzaba.

Una mujer tejía sillones de mimbre y bambú con sus hermanos, salía a vender juegos de living para niños por la ciudad, caminaba bajo el sol, con la angustia de saber que lo de hoy alcanzaba solo para hoy. Otra preparaba sándwiches para vender en las construcciones, barría casas, cocinaba para otros mientras sus propios hijos aprendían a vivir sin ella. Y otra más, dejó su taller cuando las ventas bajaron, cuando la letra del banco ya no podía pagarse con artesanía. Entonces apareció la propuesta: irse a España.
No como una oportunidad.
Sino como una última salida.

"Yo era como si me estuviera yendo por dos días", pensaba mientras su hermano le compraba el pasaje, le teñía el pelo para que no se notara que era morena —porque en España 'eso no se quería'—, y le prestaba todo el dinero con la promesa de que se lo devolvería al empezar a trabajar. El 31 de diciembre hubo fiesta, brindis, música, alegría forzada. A las 6 de la mañana del 1 de enero, partió. En la camioneta que la llevó al aeropuerto iban sus vecinos, su madre, su tristeza y su resistencia.
Y llegó. Y no sabía lo que le esperaba.



Otra mujer nos contó que durante años cuidó a ancianos en una residencia, pero nunca pudo asistir a una reunión escolar de su hija. Que las primeras veces que su hijo la llamó *"mamá"* por teléfono, se le rompió el alma y luego el cuerpo. Que no lloró, porque el llanto también cuesta tiempo.

Una más, ya jubilada, recuerda la frase de su madre con Alzheimer, antes de partir:

"Si vas a cuidar mayores, solo trátalos como si cada uno fuera yo."

Y lo hizo.
Con ternura.
Con entrega.
Con el corazón apretado.

Nosotras, las que criamos desde la distancia, sabemos de relojes partidos. De navidades sin besos. De cumpleaños por videollamada. De la culpa, de la angustia, del no poder estar. Del saber que no habrá segunda infancia para nuestros hijos.

Sabemos del amor multiplicado que intentamos enviar por maleta, por carta, por voz grabada.

Sabemos que nadie aplaude a las madres que paren lejos.
Y sin embargo, seguimos.



TRENZA DE RELATOS

“Lo más difícil fue verlos dormidos por última vez. Mi niña no quería soltarme, se agarró a mi falda hasta que su abuela la alzó. Desde la ventanilla del bus no vi su cara, pero sentí su llanto como un puñal en mi ombligo.”

“Les decía que me iba de viaje, que volvería pronto. Les mentí. No podía decirles que me iba sin saber cuándo volvería, que no tenía papeles, que en España todo era incierto. Me tragaba el miedo para que no lo sintieran.”

“La culpa me acompañaba en el metro, en el baño del trabajo, en la cama de la señora a la que cuidaba. Me decía: no estás allá, no estás allá. Pero yo también tenía hambre, yo también quería vida.”

“Trabajaba interna. Cuidaba de otro hijo, mientras el mío aprendía a decir ‘mamá’ a través de una pantalla.”



SEMILLA DE PENSAMIENTO

La maternidad migrante no es ausencia, es presencia trizada por la frontera.

Es amor tejido con horas extra, con silencios que se tragan el llanto, con ternura que viaja sin equipaje.

Cada una de nosotras ha parido una nueva forma de cuidar, a la distancia, con resistencia, con la esperanza de un reencuentro sin culpa.
No somos madres a medias: somos madres enteras, aunque el sistema nos quiera partidas.





DÍA 5

LO QUE NO SE VE EN EL CONTRATO



“Firmé con la voz, no con la mano.”
Todo empezó con una promesa.
Una llamada. Una palabra.
“Te espero. Aquí hay trabajo.”
Y muchas dijimos: “sí”.

Pero nadie nos habló del contrato verbal.
Nadie nos dijo que en este país, la ley permite que trabajemos sin papel firmado.

Nadie explicó que una promesa puede romperse sin consecuencia.
Nadie nos dijo que una palabra puede volverse trampa.

Una mujer recuerda que llegó y a los dos días ya estaba limpiando. “Era solo mientras llegaba mi contrato”, le dijeron. Y lo esperó… semanas, meses, años. Otro testimonio cuenta que le ofrecieron “jornada completa”, pero nunca le pagaron la seguridad social. “Tienes comida y cama”, le repetían, como si eso bastara.

“Lo que pasa es que no tienes papeles, así que no puedes exigir mucho”, le soltó la señora.
Y ella calló. Porque tenía miedo.
Porque el miedo también es parte del contrato invisible.

Otra recuerda que firmó con su voz. Que aceptó porque no podía volver atrás.
Que al salir del aeropuerto, ya le habían marcado el destino: una casa ajena, horarios eternos, tareas sin límite.
Y sin derecho a libranza.

Ese domingo libre que parecía promesa de descanso, muchas veces llegó con condiciones.

"Si querés salir, buscás a alguien que te cubra."
"Yo no te pago si no vienes."
"Tu domingo es para ti, pero con teléfono en la mano."

Y entonces, una no descansa:
porque duerme con un ojo en el reloj y otro en el miedo.
Porque si no regresa a tiempo, la puerta se cierra.

Una recuerda que tenía que pedir permiso hasta para ducharse. Otra, que no podía salir ni a misa. Una más, que aprovechaba el mercado del sábado para escaparse cinco minutos a mirar el cielo.
Y qué decir del clima.

"Llegué en diciembre. Nunca había sentido tanto frío en los huesos. Ni en la calle, ni en mi cuerpo, ni en el alma."

Las estaciones dolían.
El calor se volvía encierro en casas sin aire.
El invierno, una herida en los huesos.
El cuerpo, acostumbrado a otro sol, se resistía.
Y sin embargo, se adaptaba.



TRENZA DE RELATOS

“Yo no firmé nada. Todo era ‘de palabra’. Y si protestaba, me decían que mejor me callara, que había otras esperando.”

“Trabajé seis meses sin libranza. Ni un día. Mi descanso era dormir cinco horas y seguir.”

“El clima me enfermó. No era solo el frío. Era el silencio. Era no poder respirar tranquila.”

“Un día me dijeron que la señora de la limpieza se había llevado el pastel de cumpleaños. Era yo. Me miraban con sospecha. Yo no toqué nada. Me sentí juzgada. Una ladrona en su casa, cuando lo único que hacía era cuidar, limpiar, callar.”

“El domingo libre no es libre si tienes que pedir permiso. Si no tienes dónde ir. Si no te sientes segura en la calle. Si nadie te espera.”



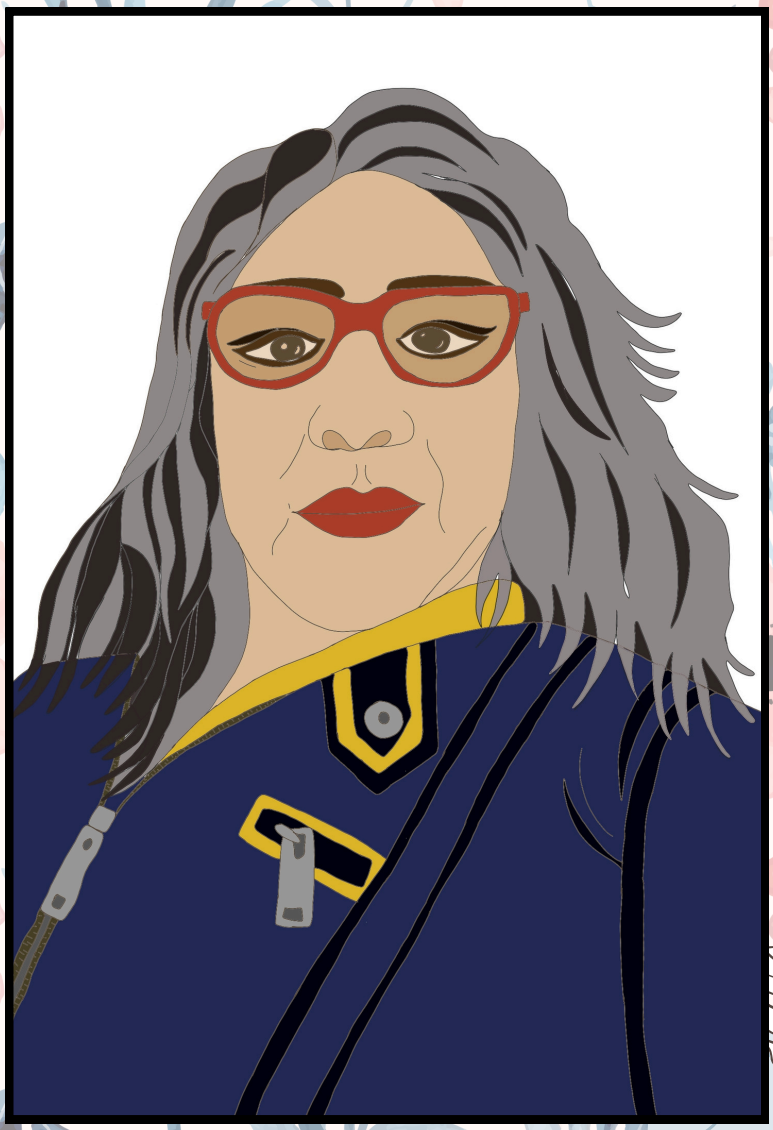
SEMILLA DE PENSAMIENTO

Lo que no está escrito también marca.
Lo que se calla también duele.
Los contratos verbales nos dejan en el aire, sin amparo legal, sin garantías.

Pero nuestras voces, cuando se unen, pueden ser más fuertes que cualquier firma.

Y si no hay papel, está el testimonio.
Y si no hay domingo, está la sororidad.
Y si no hay descanso, está este libro que nos escucha.





DÍA 6

LO QUE SOMOS (Y NO NOS DEJAN SER)



“No soy solo lo que hago. Soy lo que sé, lo que he sido y lo que sigo soñando.”

Antes de migrar, algunas de nosotras éramos maestras. Otras, psicólogas. Había contadoras, educadoras, enfermeras, panaderas, tejedoras, artesanas. Una de nosotras tejía muebles de bambú con sus hermanos, caminaba por las calles vendiendo jueguitos de living para niños, montó un taller, soñó con hacerlo crecer. Otra, escribía cuentos para sus alumnos y enseñaba con vocación. Todas sabíamos hacer algo más que limpiar.

Pero al cruzar el mar, nuestras profesiones quedaron en pausa.
Como si al sellar el pasaporte, nos desvistieran de historia.
Como si llegar aquí fuera sinónimo de empezar desde cero.
Como si nuestras manos solo sirvieran para cuidar y limpiar.

Una recuerda con dolor que en la entrevista de trabajo, cuando dijo que había estudiado tres años de psicología, le contestaron: **“Aquí lo que necesitamos es alguien que sepa fregar bien.”** Otra lo vivió al entregar su currículum en una residencia: “Muy bonito lo suyo, pero aquí no convalidan eso.”

Los saberes no reconocidos duelen como negación de existencia.
Pero nosotras no los olvidamos.
Los llevamos tatuados en el corazón, como dice una compañera.
Aunque no estén en el sistema, viven en nuestro cuerpo.

Una hace terapia con la abuela a la que cuida. Otra enseña a leer a la hija de su empleadora. Una más, borda y cose para la comunidad.
Porque no dejamos de ser lo que somos.
Aunque nadie lo vea.
Aunque nadie lo pague.

TRENZA DE RELATOS

‘Era profesora. Aquí cuido niños. Pero sigo enseñando. En cada canción, en cada cuento, en cada cuidado que doy.”

“Lo más duro no fue limpiar baños. Fue que nadie preguntara quién era antes. Qué sabía. Qué me gustaba hacer.”

“Cuando tejía muebles, yo me sentía útil. Aquí me dicen ‘chacha’, y se creen con derecho a gritarme.”

“Un día, una mujer me dijo: ‘Qué suerte tiene la señora que te contrató’. Porque su padre estaba mejor desde que yo llegué. Y sí, porque también sé cuidar desde el alma.”

“No soy una máquina. Tengo historias, conocimientos, dones. Aunque no estén en el papel.”



SEMILLA DE PENSAMIENTO

Migrar no nos quita lo que somos.
Nos transforma, sí. Nos prueba, nos exige.
Pero también nos recuerda lo esencial:
que somos más que un contrato, más que un uniforme, más que una nacionalidad.

Somos saberes que caminan.
Somos profesiones silenciadas, pero no vencidas.
Somos poderosas, aunque el sistema no nos mire.

Y este libro es también una forma de ejercer nuestras voces profesionales, nuestras memorias pedagógicas, nuestras prácticas cuidadoras, nuestras rebeldías creativas.





Gracias por tanto: manos, voces y luchas entrelazadas

Este libro no habría sido posible sin la fuerza colectiva de tantas mujeres que, desde distintas esquinas del mundo y de la ciudad, han sostenido con amor, rebeldía y coraje esta red de cuidado, memoria y transformación.

Agradecemos profundamente a quienes han caminado con nosotras en esta rebelión de amor: organizaciones, colectivos, compañeras de lucha y alianzas que nos han enseñado que la dignidad no se negocia, que la memoria se construye en plural, y que la ternura también es un gesto político.

Gracias a **SEDOAC**, por ser semilla y casa de tantas mujeres que aún seguimos migrando, cuidando y resistiendo.

Al **Grupo Turín,** por haber impulsado con coraje la creación del **CETHYC** (Centro de Empoderamiento de Trabajadoras del Hogar y los Cuidados), un espacio que es abrigo, telar y trinchera.

Gracias a quienes nos acompañaron, nos dieron un vaso de agua, nos ayudaron a encontrar trabajo, cuidaron a nuestros hijos o simplemente nos miraron con ternura cuando más lo necesitábamos.
Y gracias, especialmente, a todas las mujeres que han compartido sus historias en estas páginas. A las que se animaron a recordar. A las que confiaron. A las que, aun con miedo, abrieron la voz.

Este libro es para ustedes. Y es también una invitación: Si aún no te ves en este telar, si sientes que tu hilo todavía no ha sido tejido, escríbenos.
Aquí hay espacio para más relatos, para más vidas, para más verdad.
Porque no estamos solas. Porque esto recién comienza.

DÍA 7

LA REBELIÓN DEL CUIDADO.

“NO SOMOS SOLO MANOS QUE CUIDAN. SOMOS CUERPO, MENTE Y DECISIÓN QUE GRITA: TAMBIÉN MEREZCO SER CUIDADA.”



El cuidado ha sido nuestra cárcel…
pero también nuestra rebelión.

Nos dijeron que nacer para cuidar era una suerte, que tener *"una cama y comida"* bastaba, que nos calláramos, que nos aguantáramos. Pero un día dijimos basta. Y ese basta no fue en soledad.

Porque a muchas nos salvaron las alianzas. Las manos que no nos soltaron. Las compañeras que tejieron red donde antes solo hubo silencio.

Así se levantó el CETHYC, el Centro de Empoderamiento de Trabajadoras del Hogar y los Cuidados, una casa colectiva nacida del grito compartido, del caminar organizado de tantas mujeres migrantes y autóctonas.

El Grupo Turín, surgido tras el histórico Encuentro Internacional de Cuidados, apostó por hacer real el Convenio 189 de la OIT, que reconoce el empleo del hogar como trabajo decente. Y desde entonces, no paramos.

Marchamos. Protestamos. Tocamos puertas. Nos plantamos ante el Congreso. Nos aliamos con otras organizaciones y colectivos feministas. Y construimos, con nuestros propios cuerpos, este lugar de pertenencia, de lucha y de ternura compartida.

El CETHYC no es solo un espacio físico. Es el fruto de años de invisibilización transformada en dignidad. Es telar y es trinchera.
Es testimonio vivo de que sí se puede transformar el miedo en poder colectivo.

TRENZA DE RELATOS

“A mí me amenazaron con la policía. Me acusaron de robar una tarta. Yo solo la partí en porciones, para que nadie se quedara sin postre.”

“Me levantaba cada mañana sin saber si ese día sería despedida. Un día conocí a las compañeras de SEDOAC y sentí que alguien me veía.”

“Cuando fuimos al Parlamento con nuestras pancartas, no íbamos solo por nosotras. Íbamos por todas las que siguen encerradas sin contrato ni voz.”

“En el CETHYC encontré un espejo sin juicios. Un lugar donde podía decir que también yo necesitaba ser cuidada.”

‘Nosotras también somos sujetas políticas. Lo gritamos desde la fregona, desde la olla, desde el cansancio, pero también desde la esperanza.”



SEMILLA DE PENSAMIENTO

La rebelión del cuidado no es un acto individual.

Es una revolución compartida.

La hacemos cada vez que nos reconocemos en la otra,
cada vez que una se levanta y muchas le hacen coro.

Nuestra lucha por derechos no es una moda.
Es una deuda histórica.

Y este libro, este telar que tejimos, es también una antorcha.

Una forma de decirle al mundo:

las trabajadoras del hogar y los cuidados no solo existimos.
Persistimos, resistimos y nos organizamos.





Gracias por tanto: manos, voces y luchas entrelazadas

Este libro no habría sido posible sin la fuerza colectiva de tantas mujeres que, desde distintas esquinas del mundo y de la ciudad, han sostenido con amor, rebeldía y coraje esta red de cuidado, memoria y transformación.

Agradecemos profundamente a quienes han caminado con nosotras en esta rebelión de amor: organizaciones, colectivos, compañeras de lucha y alianzas que nos han enseñado que la dignidad no se negocia, que la memoria se construye en plural, y que la ternura también es un gesto político.

Gracias a SEDOAC, por ser semilla y casa de tantas mujeres que aún seguimos migrando, cuidando y resistiendo. Al Grupo Turín, por haber impulsado con coraje la creación del CETHYC (Centro de Empoderamiento de Trabajadoras del Hogar y los Cuidados), un espacio que es abrigo, telar y trinchera.

Gracias a quienes nos acompañaron, nos dieron un vaso de agua, nos ayudaron a encontrar trabajo, cuidaron a nuestros hijos o simplemente nos miraron con ternura cuando más lo necesitábamos. Y gracias, especialmente, a todas las mujeres que han compartido sus historias en estas páginas. A las que se animaron a recordar. A las que confiaron. A las que, aun con miedo, abrieron la voz.

Este libro es para ustedes. Y es también una invitación: Si aún no te ves en este telar, si sientes que tu hilo todavía no ha sido tejido, escríbenos. Aquí hay espacio para más relatos, para más vidas, para más verdad.

Porque no estamos solas. Porque esto recién comienza.

